

—¿Te encuentras con valor, con fé?

—Para todo.

—La muerte quizá te espera.

—La deseo si no llego á triunfar.

—Dios te bendiga, hijo mio, como te bendigo yo en nombre de tu madre que nos escucha.

Los ojos del jóven sacerdote brillaban con el fuego del entusiasmo y del amor patrio.

—¿Es decir que aprobais, tia?

—Apruebo, hijo mio: ¿qué os hace falta?

—Nada: inteligencia y corazon me sobran; soldados, México tiene hijos que morirán por salvar su bandera; la justicia de nuestra causa y el grito de libertad valen tanto como el lábaro de Constantino para llevar á un pueblo á la victoria. Solo esperaba vuestra aprobacion, porque vos sois para mí la representacion de mi madre.

—¡Dios te bendiga, Dios te bendiga y te salve!

—Que salve nuestra causa, que salve á México, y aunque yo muera.

—Hijo mio, eres un héroe: si necesitáseis dinero, yo tengo, no os detengais, yo tengo mucho y todo será para vosotros.

—Gracias, señora, gracias, nada nos hace falta; hemos comenzado nuestros trabajos y nos reunimos en la casa del Cristo, calle de Ixtapalapa: id una noche y vereis.

—Iré, aunque á nadie vea, para verte á tí, hijo mio, y para ayudarte en lo que pueda.

Desde aquella noche sigo los trabajos de los nobles hijos de México.....

## XXI.

De cómo Martin Garatuzza salió de México.

**M**ARTIN se frotó los ojos con las manos y cerró el libro; habia leído por espacio de dos horas, á la triste luz del cuarto del Zambo, y descifrando casi la letra de aquel manuscrito.

Apoyó su frente sobre su mano extendida, y quedó por un largo rato meditando; por fin hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Válgame Dios! y qué cosas hay en estas familias nobles! ¿Habránse visto horrores como los que contiene esta historia? La verdad es que todos los dias vemos cosas semejantes; pero será porque siempre impresiona mas lo que se lee, ó porque en un momento han pasado ante mi vista los acontecimientos de un siglo, lo cierto es que casi estoy por decir que estas Memorias me han trastornado.

Tomó el libro y volvió á hojearle.

—¡Vaya! Pues el tal Don Felipe, que á la cuenta debe vivir todavía, es el indio mas viejo de toda la cristiandad..... ¡Y cómo viven estos indios! Con razon cantan:

Cuando el indio encanece  
El español no parece.

Y lo que es este libro, de seguro que no lo vuelvo; la fortuna que Don Leonel no lo ha leído, á lo que parece: bonitas lindezas iba á saber de su padre... ¡Vaya, qué españoles!

En este momento llamaron de la calle.

—Ahí está ya el Zambo—dijo Garatuza apresurándose á abrir.

En efecto, el Zambo se presentó.

—¿Todo está listo?

—Todo.

—¿Las mulas?

—Esperan por el camino de Colhuacan, á la salida de la ciudad, en la casa de los Doce Apóstoles.

—¿Y el equipaje?

—De llevarle tengo.

—Bien; despacha, que es tarde: allá me aguardas.

El Zambo sin replicar tomó la caja que contenía la ropa y los efectos de Martin, y se la echó al hombro con tanta facilidad como si no hubiera pesado ni una onza.

—Cerraré aquí, y allá te entregaré la llave: vete.

El Zambo salió, Martin apagó la luz, y saliendo también, cerró la puerta y se embolsó la llave.

Martin tomaba con extraordinaria facilidad el aire de las personas cuyo trage llevaba.

Aquella noche cualquiera le hubiera tomado por el más honrado cura de una parroquia de indígenas.

Cuando se encontró en mitad de la calle, vaciló sobre el rumbo que debía tomar.

Llevaba el libro de las Memorias de Doña Juana: ella le esperaría; pero ciertamente Martin no tenía la menor intención de devolverlo; quizá no le serviría de nada, pero quizá podría serle muy útil: ¿quién puede mirar claro en el porvenir?

Reflexionándolo bien, llevar el libro á tan largo y tan expuesto viaje era peligroso: ¿á quién confiarle su guarda?

Martin daba vuelta en su cabeza á la lista de todos sus conocidos. De repente como iluminado por una idea, exclamó:

—¿Qué tontera! pues si tengo uno que ni mandado hacer me lo encuentro mas á propósito.

Y se dirigió rápidamente para la casa de Teodoro.

Habia mucho que andar, pero Martin caminaba de prisa, tenía tiempo de que disponer, y ya no le quedaba nada por arreglar en México.

Casi un cuarto de hora empleó en el viaje; pero llegó sin novedad.

Todo el mundo dormía en la casa del negro. Martin golpeó la puerta como un desesperado, y después de los ladridos de los perros y de la tardanza del portero y de todas esas preguntas de costumbre, logró que le abrieran.

—¿Teodoro?—preguntó—¿está dormido?

—Supongo que se habrá despertado con esta boruca.

—Hacedme favor de decirle que su amigo Martin desea hablarle urgentemente.

El portero se retiró llevándose la llave y dejando á Martin parado en el patio y enteramente á oscuras.

Pero tardó poco en volver.

—Pase su señoría, le dijo á Martin, y le guió á una pequeña cámara en donde Teodoro le esperaba envuelto en una gran manta de algodón, tejida de diversos colores.

Teodoro no era de los hombres que se impacientaban por nada, tratándose de servir á sus amigos, y mostraba la fisonomía tan risueña como si fueran las tres de la mañana y no le hubieran interrumpido su sueño.

—Buenas noches, señor Martin, dijo tendiendo su mano á Garatuza.

—Decid mas bien buenos dias, porque casi está para amanecer.

—Pues tal me parecia que comenzaba yo á dormir.

—Razon de mas para pedirnos mil perdones; pero el caso es este.

—Sentaos.

—No, estoy muy de prisa, y solo por eso me he atrevido á despertaros; en este momento parto para Acapulco, á un negocio de sumo interes, pero tambien de mucho riesgo.

—¡Qué malo está eso!

—Aquí traigo para encargarlo á vuestra fé, este cofrecillo que contiene un manuscrito muy importante; hacedme el favor de guardármele. A nadie se lo entregueis, ni le deis noticia de él: si sobrevivo en esta empresa, volveré por él; si no, hacedme favor de entregarlo á Don Leonel de Salazar, caso de que esté libre: si á este caballero le sucediere algo malo, que Dios no lo quiera, dad el manuscrito de mi parte á Doña Juana de Carbajal, que vive en la calle de las Canoas, en la casa colorada.

—Cumpliré.

—Ahora, gracias; un abrazo y adios.

—Puesto que no quereis deteneros, adios, y que el cielo os lleve con felicidad y os traiga lo mismo.

El negro y Martin se abrazaron.

Garatuza salió, acompañándole Teodoro hasta el zaguan; se estrecharon las manos, y la puerta volvió á cerrarse.

Los que conocian á Martin no se admiraban ya de sus largos y repentinos viajes, ni extrañaban verle cambiar continuamente de ropa, y encontrarle tan pronto de clérigo como de soldado, tan pronto de caballero como de lacayo.

Martin era un tipo raro, era una especie de Proteo, siempre en movimiento, siempre variando de forma, y apare-

ciéndose en todas partes y cuando menos se le esperaba.

Habia comenzado á hacerse de fama, y algunas veces los oidores de la sala del crimen habian tenido deseos de conocerle, pero no lo habian logrado; bien que tampoco se habia puesto para ello mucha diligencia.

Garatuza salió de la casa de Teodoro, y como ya nada le detenia en la ciudad, se encaminó en busca del Zambo, que le esperaba en la casa de los doce Apóstoles, que era una especie de quinta, fuera ya de México.

En esto empleó cerca de una hora, y cuando se presentó en el lugar de la cita, comenzaba á amanecer.

Las mulas estaban ensilladas y el Zambo dormitaba sentado sobre la caja de Martin.

—Que carguen—le dijo Garatuza.

El Zambo y el arriero se apresuraron á cargar.

Martin subió en una mula, y tomando todo el aire y continente evangélico de un cura que va á una confesion, emprendió su marcha por el camino de Cuernavaca.

Los primeros rayos del sol doraban la elevada cresta del Ajusco.